

DON VÍCTOR MALLARINO

Desde los primeros años de mi vida le conocí a fondo, gracias a la estrecha amistad que lo ligaba con mi padre. Merced a ella, penetré más tarde en lo íntimo de aquel cristiano hogar, impregnado del espíritu de Dios.

Don Víctor Mallarino fue hijo de don Manuel María, el preclaro repúblico, espejo y ejemplar de gobernantes como presidente de Nueva Granada. Viajó largamente, niño todavía, en compañía de su padre por el norte de América y muchos de los países europeos; y, dentro y fuera de los patrios confines, recibió completa educación clásica, semejante a la que se da a los primogénitos de la aristocracia inglesa. Conocía a fondo la lengua y la literatura latinas y hablaba inglés, francés e italiano como si cada uno de ellos hubiera sido su idioma nativo. Juntaba a la erudición una refinada cultura en el porte y maneras, calor en los afectos y en el modo de expresarlos, suma vivacidad y gracia en el trato social y una fluidez y abundancia de palabra que, unida a las demás dotes, habría hecho de él, si hubiera querido, uno de los primeros oradores de Colombia. Pero, no obstante la vehemencia aparente de su carácter, era modesto hasta la timidez y no consintió en que su nombre apareciera en público; mas los que leyeron sus cartas y oyeron las conferencias que dictaba a sus alumnos, saben hasta dónde habría llegado si no hubiera impuesto ocio a la pluma y mudez a la elocuencia.

El rasgo dominante del señor Mallarino era su fe católica, ilustrada con lecturas copiosas, con dilatados y concienzudos estudios; fe de una sola pieza, sin atenuaciones ni medias tintas, al modo de la de Luis Veuillot y la de Donoso Cortés; la que no reconoce gradaciones en los errores condenados por la Iglesia, la que no concibe cómo pueden hallarse las creencias presentes en el entendimiento y ausentes de las obras, la que no

admite conciliación entre la piedad cristiana y las máximas, prácticas y pasatiempos mundanos. Aquella fe era el móvil de todas sus acciones, el alma de su alma, la vida de su vida.

Contrajo matrimonio con su prima hermana doña Dolores Holguín, dama inolvidable para los que tuvimos la fortuna de tratarla. Era ella el centro de su hogar, y aunaba en sí la inteligencia y la modestia, la fortaleza y la dulzura, la gracia y la discreción.

En la juventud, el señor Mallarino se empleó en ocupaciones diversas y desempeñó varios cargos importantes en servicio de la nación; al entrar a la edad madura, descubrió su vocación verdadera: la de educador de la juventud. Poseía en altísimo grado todas las dotes requeridas para tan sublime ministerio: claro talento, instrucción extensa y variada, integridad de costumbres, amor a las almas, afecto paternal por los niños y los jóvenes, actividad y vigilancia infatigables.

Primero en el colegio privado de San Joaquín, más tarde en el público de Colón, educó muchos centenares de alumnos. Y doy al verbo educar su sentido más amplio y elevado: desarrollar paralela y armónicamente las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre, para que alcance su fin en esta vida y en la otra. Don Víctor enseñaba con su elocuente palabra y con su ejemplo, más elocuente todavía, y cuidaba de cada estudiante como si fuera el único por quien tenía que responderle a Dios y a los padres de familia.

Años después de haber dejado el señor Mallarino el ejercicio activo de la enseñanza, sus discípulos de otra época organizaron, en obsequio al maestro, una pública e imponente manifestación de respeto, estima, cariño y filial gratitud, tan honrosa para los que tomaron parte en ella como para el varón insigne a quien se glorificaba.

Hasta hace algún tiempo, los jóvenes que llegaban por vez primera a Bogotá preguntaban con interés quién era un anciano a quien encontraban por la calle, pulcramente vestido, con andares de príncipe, fresca y sonrosada tez, abundante cabello blanco como la nieve, que iba contestando jovial los respetuosos saludos de las personas con quienes se cruzaba y deteniéndose a acariciar a los niños, ricos o pobres, que hallaba en su camino.

La muerte de su noble esposa, la de dos de sus hijas, dolores morales y físicos, principio de la prolongada enfermedad que lo llevó al sepulcro, quebrantaron al señor Mallarino y le ahuyentaron la alegría del espíritu, la sonrisa y la deliciosa parla de los labios. El hombre, el cristiano sobre todo, es dueño y señor de su voluntad, pero no siempre es dueño de su corazón. Don Víctor se sometió plena y humildemente a los designios de la Providencia divina, pero no pudo sobreponerse a las penas y se doblegó bajo el peso de la cruz, como el Salvador en el camino del Calvario. Unas semanas antes del fin, recobró por entero la dulce serenidad del ánimo. Huelga decir que tuvo auxilios espirituales superabundantes y que recibió los postreros sacramentos con el edificante fervor acostumbrado.

Con la desaparición del señor don Víctor Mallarino pierde la República uno de sus más esclarecidos ciudadanos; la Iglesia, uno de sus más decididos soldados de vanguardia; la juventud, un maestro incomparable; la sociedad bogotana, un preciado ornamento.

A diferencia de lo que acontece a los hombres olvidados de Dios, el señor Mallarino, al expirar, no pasó de la luz a las tinieblas, sino de las sombras de la vida humana a la lumbre indeficiente e infinita. Porque está escrito que «los que enseñan a muchos la justicia brillarán como estrellas en perpetuas eternidades.»

R. M. C.